

Pequeña venganza

Alfredo Val del Prim,

Asociación de la tercera edad de San Mateo de Gállego.

Me he sentado en la margen del río a contemplar el amanecer. El momento no puede ser más impresionante; me quedo sin habla ante el espectáculo que tengo ante mí. Pienso cómo pueden ser capaces algunos escritores de llegar a describir esta situación: "el cielo de color púrpura...", "el horizonte se tiñe de rojo..." Palabras. A mí no se me ocurre otra cosa que el silencio; saborear, por dentro, esta transformación de la naturaleza. La cabeza se evade, el cuerpo se relaja.

La alfalfa está todavía húmeda y no podemos entrar en el campo a cortarla. Mis compañeros, Julio y Domingo, han aprovechado el uno para coger unos caracoles y el otro en ir a llenar el botijo de agua fresca de la fuente cercana. Vaya trío. Los dueños de las fincas nos contratan para segar sus cosechas por 30 pesetas al día, una miseria para el trabajo tan duro que hacemos, y encima gracias porque si vamos a mirar lo que ganan los otros peones... Con nuestras guadañas vamos los tres cortando al mismo paso lo que se nos va viniendo encima; alfalfa, trigo, cebada ... Vernos trabajar debe de ser todo un espectáculo, porque irónicamente ya nos llaman en el pueblo *Diestéfano*, Puskas y Gento.

Pero soy completamente feliz aquí. El café y las cartas después de comer, mi pequeño huerto, las tertulias a la fresca con los vecinos en verano y los momentos entrañables al calor del hogar en invierno. Pero sobre todo la solidaridad, la camaradería. Por cierto; el otro día, en el bar donde solemos acudir para que nos contraten, don Lorenzo dijo que conmigo no contaba porque sabía que había sido el responsable de que se subiera el jornal diario. Entonces mis compañeros le dijeron que "o los tres o ninguno" ... Y se tuvo que tragar su orgullo.

Pero don Lorenzo no me asusta. Lo que me dejó el otro día sin habla viendo la televisión en el bar sindical es un monstruo metálico, con una enorme boca llena de guadañas, que los americanos habían inventado para recoger las cosechas...

Me he tenido que ir a trabajar a la capital. Me he casado con Mar, mi novia de siempre y nos hemos alquilado un cuchitril en las afueras. Estoy de peón en un garaje-taller y de momento limpio los automóviles, cambio las ruedas... Por el contrario, me dan 1500 pesetas al mes y 500 en negro, con esperanza de aumento cuando sepa manejar el motor de los coches. Esperanza, otra palabra.

Pero lo malo no es eso; lo peor es la soledad, la incompreensión, la humillación constante. Yendo al trabajo busco el amanecer y no hay forma de encontrarlo, unos fantasmas gigantes grises y amarillentos me lo impiden. Busco al menos un rayo de sol por las esquinas de los aleros, pero en vano. Un coche que casi me atropella me ha gritado "que no va por la calle del pueblo, paleta, vaya por la acera". Y las caras de la gente que me encuentro camino del trabajo ... Se parecen mucho a los edificios que voy atravesando. Inocente de mí, me sale el instinto de saludar, pero me contengo. Todos me vuelven o me bajan la cabeza. Oigo la ingeniosa frase de mi amigo Domingo: "no sé porque te marchas, si allí son todos forasteros".

Por la tarde salimos a dar una vuelta para intentar algún contacto vecinal pero sólo nos encontramos cemento, prisas, ruido e indiferencia. Nos acercamos hasta la ribera del gran río que nadie frecuenta y vemos pasar la corriente que se va llevando poco a poco nuestra esperanza, nuestra dignidad, nuestra esencia.

Y por la noche no nos queda otro remedio que encerrarnos en nuestro pequeño cubículo a masticar los recuerdos y los sueños. Menos mal que el maestro del pueblo nos enseñó muchas cosas y sobre todo buena literatura, y poesía. Cuando nos fuimos nos regaló su usada colección de maestros y con ellos pasamos las largas noches invernales.

El mes pasado, arreglando un vehículo se trastabilló el gato y me cayó todo el peso del coche en la pierna. Tras varias intervenciones se me ha quedado una pequeña cojera. Ahora pienso que el que me puso el nombre de Gento se moriría de la risa viéndome caminar.

Menos mal que don Matías, el dueño del Mercedes que encierra en nuestro garaje me ha creado nuevas ilusiones. Al advertirle que una de las ruedas delanteras la llevaba en muy mal estado y que podría tener un grave accidente me comentó que nadie se lo había advertido. Desde ese día, don Matías confía en mí como en un hijo. Como director de la oficina bancaria del barrio tiene muy buena relación con mi jefe, y ya le ha advertido que no se le ocurra bajarme el sueldo, que por la cojera tenía la intención de llevar a cabo.

Ya no puedo más. Estoy adelgazando, la sonrisa hace meses que se me ha quedado en una leve mueca desgastada; la cabeza cada vez la tengo más inclinada y cada día soy peor persona. Hasta Mar me ha dicho que ya no me reconoce. Así que una noche, al decirle que lo mejor sería volvernos a casa, sus ojos han estallado en lágrimas de alegría... "Ya tenía ganas de oírte decir eso" han sido sus últimas palabras.

He estado hablando con don Matías y le he explicado que es mi intención volver al pueblo, que me estoy ahogando y que esta situación me va a costar la vida. Le ha parecido genial el montar un taller mecánico allí y que me ayudaría concediéndome un préstamo que me fuera asequible. Al comentarle que don Lorenzo, el cacique, lleva también la sucursal de su banco y que me pondría toda clase de pegas, me comentó que no me preocupara lo más mínimo, que ya se encargaría él de que ni se le ocurriera darme el más pequeño problema.

Ya he vuelto al pueblo. Qué transformación. No me puedo quitar la sonrisa de la cara, y llevo la cabeza bien alta. Qué abrazos más sinceros con mis amigos, qué mirada más clara y profunda con mis padres.

Vuelvo a sentir emociones inexplicables cuando me reúno otra vez a tomar café y jugar un rato con los amigos, disfrutando de su sana ironía, su buen humor... Pero sobre todo, qué sentimientos más increíbles al atardecer en el huerto después de cerrar el taller, viendo crecer día a día todo lo sembrado. Como dice mi padre, es como ver progresar a tus propios hijos.

Ahora sí que soy yo. Por eso prometo no dejar de ver nunca el amanecer. Será mi primer acto del día, haga el tiempo que haga... Esa será mi pequeña venganza.